

Entrevistas a Mercedes Prieto y Tannia Mendizabal sobre política y antropología en Ecuador

Las siguientes entrevistas ponen de manifiesto una conversación de lo político desde diferentes perspectivas. Nuestros personajes: dos mujeres, formadas en las primeras generaciones de Antropología en la Universidad Católica del Ecuador, nos comparten su perspectiva desde su larga experiencia en el ejercicio profesional, cuyo diálogo visibiliza la permanente interpelación de la antropología desde su sentido más político y del compromiso activo ético de quien la ejerce.

Con un lente más académico, Mercedes Prieto, nos comparte sus reflexiones a partir de sus intereses de investigación que han delineado su trayectoria como investigadora, centrada en el proceso histórico de la antropología política y las interacciones entre indigenidad, raza y género¹. Mientras que Tannia Mendizabal, con un lente más pragmático, nos aporta con un diálogo basado en su experiencia trabajando con organizaciones sociales² desde la facilitación de los procesos psicosociales.

En estos dos enfoques se reconoce el requerimiento más abstracto de la antropología, desde el pensamiento crítico, así como su capacidad de injerencia en la praxis social. Mercedes Prieto, hace un esbozo histórico de lo que se pudiera leer como la trayectoria de una antropología política en el Ecuador y sus influencias en el marco de lo geopolítico. Sus mismas investigaciones, son una fuente rica de contenido histórico y contextualizado de la antropología en este campo; mientras que Tannia Mendizabal por su parte, nos habla desde una perspectiva vivencial de lo individual/colectivo en la arena de la subalternidad y las maneras en que el poder se manifiesta desde su instrumentalización maniqueísta para intensificar la polaridad, al tiempo que nos comparte con metodologías encaminadas a promover el diálogo y la acción reflexiva del sujeto social.

Agradecemos a Mercedes Prieto y Tannia Mendizabal por su disposición a la conversa.

-
- 1 En su libro "Estado y colonialidad. Mujeres y familias quichuas de la Sierra del Ecuador" (2015) traza las relaciones entre conocimiento, formación del estado y las mujeres indígenas. Estos intereses se expanden hacia un enfoque globalizado de los discursos y prácticas del desarrollo de las naciones andinas en su publicación colaborativa "El Programa Indigenista Andino 1951-1973. Las mujeres en los ensambles estatales del desarrollo" (2017). Actualmente lleva adelante una investigación sobre los modos de conocer; sus conexiones globales, la identificación de mediadores culturales y algunas tecnologías del conocer en los interfaces entre la Antropología y la Historia.
 - 2 Su trabajo se ha desempeñado con campesinos montubios, indígenas y colonos, de mujeres y de jóvenes de diferentes etnias, religión, de ecologistas, de paz activa y urbano populares.

Mercedes Prieto

Buenas tardes, Mercedes, gracias por aceptar esta entrevista. En primer lugar, nos gustaría partir del hecho que tú conoces el desarrollo de la antropología en el Ecuador, prácticamente desde que esta disciplina se institucionaliza académicamente. ¿En qué medida tú crees que el desarrollo de esta disciplina ha estado determinado por la manera en la que se ha relacionado con las dinámicas y procesos políticos en el Ecuador?

Buenas tardes, muchas gracias por esta entrevista con la cual tengo el gusto de colaborar. Quiero señalar que esta pregunta despierta en mí tres tipos de reacciones, previos a dar una respuesta a la pregunta. La primera reacción tiene que ver con una suerte de trayectoria de la antropología política. Tiempo atrás, un estudiante sugirió organizar una mesa para presentar ponencias sobre este tema en el Congreso de Antropología Ecuatoriana, lo cual, lamentablemente, no se concretó. A partir de este estímulo, escribí unas ideas sobre cómo se arma el campo de la antropología política y fue ahí que me encontré con algunas cosas curiosas sobre las cuales aún sigo trabajando. Una de ellas, es que he identificado que el antropólogo norteamericano, John Gillin, habría realizado una etnografía política en el Palacio de Carondelet de Quito. Este académico viajó por varios países sudamericanos aunque su lugar central de trabajo fue Guatemala, donde sus investigaciones son bastante conocidas y polémicas. Cuentan, que él habría negociado con el presidente guatemalteco, Jacobo Arbenz, para observar etnográficamente la vida y prácticas políticas de un presidente. Sin embargo, como sabemos, Arbenz fue parte de un proceso revolucionario complejo en cuyo marco se asentó un fuerte sentimiento antinorteamericano. A raíz de ello, ambos desistieron de esa posibilidad. El antropólogo se acercó, entonces, a Galo Plaza y obtuvo su beneplácito para hacer esta observación en el Palacio de Gobierno. Conozco que existen notas de campo de ese trabajo y espero, próximamente, revisarlas. Esto sería una de las primeras etnografías de las prácticas políticas, en un momento en el cual existen varias cátedras de antropología en la Universidad Central, aunque no una formación académica sistemática en este campo.

Otro componente de la trayectoria de la antropología política ha sido su enseñanza en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). En este caso el personaje es el Dr. Carlos Moncayo SJ. A él se lo recuerda como un pionero del campo político con un fuerte énfasis en el marxismo y con una perspectiva muy clásica de la antropología política. Este interés por lo político se trasladó luego a la FLACSO Ecuador, en la época en que ésta era dirigida por Amparo Menéndez – Carrión. La cátedra era impartida por Xavier Izco quien también dictaba un curso sobre una antropología política clásica. Ambos enseñaban una visión africanista, porque ahí estuvo el origen de esta antropología. Más adelante, este enfoque se modificó con la presencia de otros profesores como Carmen Martínez, Fernando García y mi persona (Mercedes Prieto) en FLACSO Ecuador. La perspectiva de la antropología política se amplió hacia otros temas y lugares. Creo que habría algo interesante que hacer en el futuro: recuperar lo que se produjo en este momento. Hay algunas tesis que se han hecho en FLACSO y en la PUCE sobre temas afines (relación entre ciudadanos y burocracia, formas de despliegue del estado en los territorios), varias de ellas dirigidas por Carmen Martínez y Fernando García. Por ejemplo, yo escribí el libro “Estado y colonialidad: mujeres y familias quichuas de la Sierra del Ecuador, 1925-1975” que fue publicado por FLACSO Ecuador en 2015. Este trabajo es una reflexión sobre el estado desde la antropología política: las expresiones de su colonialidad; las maneras de extenderse y recrearse en las periferias; la importancia de los sujetos en la formación del estado, entre otros aspectos.

Cabe mencionar también que Camilo Mongua, ex estudiante de FLACSO, bajo la dirección de Teodoro Bustamante, ha publicado su tesis doctoral “Los rostros de un Estado delegado”, donde desarrolla muchas de las renovadas perspectivas sobre el estado. También, lo hace Cecilia Ortiz en su texto “La evangelización del pueblo shuar en la Amazonía ecuatoriana”, donde elabora una mirada al estado como idea, como dominación y como relaciones sociales.

La segunda reacción que me despierta la pregunta con la cual iniciamos esta conversación, se relaciona con el trabajo de investigación que estamos haciendo conjuntamente con Diego Paladines. Nosotros estamos tratando de analizar el impulso en las universidades de la antropología, tanto en Chile como en Ecuador y vincularlo con la declaración de Barbados. Se trata de un momento en que hay un llamado a descolonizar la disciplina y remover sus antecedentes imperiales. En este marco se inscribe la formación de un área de antropología en la PUCE y en la Universidad de Chile. En Ecuador, quienes respondieron a esta propuesta no eran necesariamente antropólogos; no todos conocían la declaración de Barbados; y varios debieron hacerse antropólogos mientras se instalaba localmente la disciplina con varios apoyos internacionales. Sin embargo, había un ambiente político de reformas, de ampliación de la democracia y antinorteamericano que contenía esa perspectiva decolonial. Estamos revisando la prensa de la época y hemos encontrado algunos hilos relevantes de los contextos y que hablan de esta descolonización: la reforma agraria y los conflictos campesinos e indígenas; los vínculos entre los pueblos originarios y el estado; y, el voto de los analfabetos. Este efervescente contexto de cambios debe encontrarse con el propósito de conocer el país, propuesto desde la universidad. Y me pregunto: si ya estaban reconocidos los derechos políticos de los analfabetos, ¿por qué el estado en alianza con la PUCE montó un gran programa de alfabetización con la participación de lingüistas y de un centro independiente de investigación? ¿Se trata de una necesidad por canalizar y pacificar el voto analfabeto? Esto tiene que ver con la administración de la diversidad que no solamente incumbe a la antropología, sino que interpela también a la lingüística y otras disciplinas. Estas son las tres pistas que estamos siguiendo y estamos encontrando un material bonito. Estas pistas, a mi modesto juicio, desdibuja parcialmente la tesis de Carmen Martínez. Me refiero a la idea de que la formación en antropología estuvo orientada a establecer tecnócratas, activistas y curas “comprometidos”. Esta propuesta refuerza la idea de una antropología secuestrada por la política. En realidad, estas categorías no resuelven el interés de la universidad por la antropología ni la calidad de los antropólogos formados en la PUCE. La primera camada que se formó en antropología en la PUCE destaca también por su papel en la enseñanza y en la investigación, por ejemplo. Esta trayectoria habla de la instalación de una disciplina que no estuvo sobre determinada por la política contingente y por la justificación del poder, sino también por la necesidad de conocer (nos); por la legibilidad.

Mi tercera reacción se relaciona con mi experiencia etnográfica. Me refiero con ello a mi temprano trabajo de antropología política en la zona de Pesillo, cerca de Cayambe. Muy inspirada por Blanca Muratorio y por el curso que ella dio sobre campesinado en la PUCE en el cual puso mucho énfasis en Eric Wolf y en su texto “Las luchas campesinas del siglo XX”, junto a varios otros autores me interesé en la acción política de los campesinos. Este interés se reforzó luego cuando viajé al Perú y seguí algunos cursos adicionales con antropólogos peruanos. Todos ellos estaban estudiando las capacidades tácticas de los campesinos para el cambio social. En ese entonces ya como practicante de la antropología y del trabajo de campo me fui por esa línea. Esto, luego, lo canalicé también en la docencia del taller de tesis en el programa de estudios de género y en el curso de antropología política, ambos en FLACSO Ecuador. Hace poco he escrito un artículo con una reflexión sobre la etnografía del hacer y del caminar en el acompañamiento de estudiantes que no se centra en la política contingente, sino en las maneras de construir la dominación de género. En la enseñanza del curso de antropología, me focalizo, generalmente, en tres temas: el estado, la nación y los rituales políticos, con el propósito de ampliar el horizonte hacia el área andina, hacia distintos momentos históricos y hacia la formulación de preguntas productivas sobre el tema.

Volviendo a Pesillo: mi trabajo en torno a los sindicatos agrícolas en las haciendas de Pesillo ha generado algunos debates en torno a la producción del conocimiento. El origen de varios de los documentos que circulan actualmente son los documentos elaborados y recopilados en esa investigación inicial. Mi exploración ha servido a muchas personas, por ejemplo, a José Yáñez,

a Mark Becker, a Marlene Rosas. Pero al mismo tiempo, mi interés por Pesillo llegó a curiosas confrontaciones: en una reunión pública se me acusó de ser agente de la CIA. Es decir, yo habría instrumentalizado la antropología para los oscuros designios del imperio y la confrontación buscaba liberar de esas ataduras al conocimiento. Una invención. En realidad, yo no he visto una instrumentalización de la antropología como disciplina por parte de la política, aunque tal vez las inapropiadas acusaciones contra mi persona podrían haber colaborado a ello. La política desde los pueblos indígenas, hoy en día, pareciera instrumentalizar los procesos históricos, no sé si la disciplina. Así, por ejemplo, con el tiempo, en torno a Pesillo se ha elaborado una tradición inventada en la cual Pesillo aparece como el lugar de creación de la educación bilingüe y la figura de Dolores Cacungo como la patrocinadora de esta educación lo cual es contradicho por las propias palabras y prácticas de Dolores. En lo sustantivo, en toda esta dinámica hay una instrumentalización de los procesos históricos por parte de la política indígena; no de la disciplina. Se debe continuar con esta reflexión así como con aquella de la misma formación del departamento de antropología que coincide con requerimientos, que yo considero que provenían del estado. Los temas, como ya he mencionado, fueron los conflictos en torno a las tierras, los analfabetos con su acceso al voto y la reposición del reconocimiento de la diversidad cultural junto al papel que en ella tiene la diversidad de lenguas. En suma, la instrumentalización en caso que suceda podría ser del proceso histórico o etnográfico o de las narrativas, pero no necesariamente de la disciplina y puede ser desde el estado o desde los pueblos originarios.

Hay otro aspecto que me parece curioso. Hace poco revisé un texto sobre la formación de la antropología en la India que sucede hacia 1912. Ahí encontré un fuerte impacto de la lingüística en el mismo campo de la antropología. Aquí en el Ecuador no aparece de esta forma. La antropología aquí nunca se formó con los cuatro pilares que ha tenido, por ejemplo en Estados Unidos: lingüística, arqueología, antropología cultural o social y la antropología médica o biológica. Aquí eso no existió esta configuración y esto es distinto al resto de América Latina, en donde tenemos que en cada país no necesariamente están los cuatro pilares, pero, se observan diversas combinaciones incompletas de estos cuatro pilares.

Si entendemos bien tú nos señalas que la instrumentalización de la antropología por parte de la actividad política no es tan fuerte y consideras que habría que verla sobre todo en la concepción de la creación de la disciplina como un coadyuvante para propuestas que tratan de replantear la inclusión de la población analfabeta y el tratamiento de la diversidad cultural. No ha aparecido en tú exposición una relación con el tema de la militancia.

Si tal vez lo explico un poco más: una de las características generales de las ciencias sociales y sobre todo en América Latina, pero en general en todo el mundo, es su inspiración en los debates políticos. En esta misma pregunta hay una preocupación por lo que se ha señalado como la simplicidad con la cual se analiza la política y la contribución específica que la antropología podría aportar para enriquecer esa discusión, para producir un quiebre cualitativo en la calidad del análisis de lo político. Aquí viene algo que es muy característico y que yo he discutido con algunas de las personas que estudian los modos de conocer y esto es el por qué los temas en América Latina persisten tan largo tiempo. Las teorizaciones persisten, porque los problemas persisten. Reitero que, aunque se pretenda afirmar lo contrario, nunca ha existido una antropología descontextualizada. Siempre hay un nivel de inspiración en la realidad social y de influencia de la misma. Lo que se llama “instrumentalización” a mí me suena relacionado con un supuesto intento de formar personas y profesionales con una agenda concreta orientada a resolver algún problema identificado y resuelto previamente. Yo lo que creo es que la antropología ha abierto aristas novedosas en esos problemas políticos. Pongo como ejemplo al estado. Cuando se mira al estado de otra forma se produce, localmente, el auge de la antropología del estado; cuando se le mira al fenómeno como un fenómeno cultural o como una revolución cultural, o como una relación social se ve y se miran aspectos novedosos según vimos anteriormente. En esta línea

hay un manuscrito no publicado de Blanca Muratorio. Es un texto de la época en que ella trabaja sobre Colta en el cual ve al estado como un mediador y un articulador cultural. Es un texto interesante, pero poco conocido.

Mercedes, ¿has señalado que es un texto no publicado?

Claro, así es, lo encontré en su archivo personal.

¿Es un texto en inglés o castellano?

Esté escrito en castellano. Estamos trabajando en ese archivo y pronto va a estar disponible para todo el público. Esa es mi ambición. Además, de esto hay otras producciones novedosas y que permitirían continuar la reflexión sobre cómo se relacionan con la política. El activismo me parece que es un objeto analítico, un objeto de análisis. Creo que yo o cualquier persona que se defina como activista, debe someterse a ese objeto analítico de forma tal que evite justificar el poder. Es ahí donde esto se vuelve complejo, y donde es necesaria una actitud ética frente a la disciplina. Es decir, esta necesaria reflexividad no sirve en tanto se justifica el poder. Allí surgen matices y yo creo que en muchos casos la antropología ha logrado patear la bola; es decir, no quedarse en la justificación del poder. Por ahí creo que puede ir una salida, es decir el activismo hoy día es un tema de reflexión, es un tema de análisis en sí mismo. Hay ricas expresiones del análisis del activismo en referencia, por ejemplo, al arte y a la crisis ecológica.

Hay otro tema que quería abordar y es lo que sucedió cuando la fundación Ford propuso al departamento de antropología que hiciera un seguimiento, que de hecho lo hizo, al oleoducto. Diego ha encontrado este documento. ¿Trataba esta investigación de justificar el poder? Es una pregunta aún abierta pues no hemos estudiado el texto. En esta línea podría resultar interesante revisar el archivo de la Fundación Rockefeller, donde reposa este y otros escritos de la época que pueden trazar rutas hacia Estados Unidos.

Volviendo a la pregunta inicial de esta conversación quisiera decir que la instrumentalización política puede ser de los procesos históricos o etnográficos estudiados por la antropología, de las narrativas construidas desde la disciplina o desde la política y de la propia disciplina. La instrumentalización puede venir del poder del estado o desde abajo; no se debe olvidar que la disciplina se sitúa y contextualiza. En el caso analizado no parece haber una instrumentalización de la propia disciplina.

Hay otras dos cosas que nos interesan bastante: la primera se refiere a que tú has estado trabajando en cómo en el surgimiento del campo de la antropología los vínculos y las relaciones internacionales determinan ese proceso y a la vez lo hacen posible. En esto hay suspicacias que vinculan los intereses académicos de la antropología con intereses políticos, pero más allá de eso hay una pregunta que surge de la impresión de que en una etapa inicial la antropología en el Ecuador se construye con mucha relación con otros países latinoamericanos, fundamentalmente Perú y México y que luego la relación y el vínculo con estos países sud americanos disminuyen para aumentar el contacto directo con instituciones del norte. Surge también la pregunta respecto a en ¿qué medida se ha creado un espacio académico propio para la antropología en el Ecuador?

Bien. Creo que esto de los vínculos académicos hay que entenderlo con mayor complejidad. En antropología de la PUCE se reúnen en el tiempo una serie de profesores hombres que vienen con distintas trayectorias académicas. Retornan personas de origen ecuatoriano, como por ejemplo Segundo Moreno, que trae el mundo académico alemán con un fuerte arraigo en la etnohistoria. También converge en el lugar Diego Iturralde que viene trayendo el mundo académico mexicano ligado a lo indígena y campesino; y, también, desde México ya había vuelto Alfonso Gortaire, con un interés metodológico. Se reintegran, desde el mundo académico norteamericano, José Pereira y, más tarde, Marcelo Naranjo: el primero con un interés en la lingüística y el segundo

en los procesos de etno-génesis. Regresan Marco Vinicio Rueda y Carlos Moncayo desde Francia, interesados en la religiosidad popular y en temas políticos, respectivamente. Hay otros profesores, por ejemplo, Hugo Burgos, quien trae influencia norteamericana y mexicana, a la vez. Estas son solamente algunas de las influencias internacionales e hibridaciones que se están produciendo en el emergente departamento de antropología de la PUCE. Todos aquellos a quienes he mencionado nacieron en Ecuador, pero sus mapas mentales se desarrollan con mucha influencia de otros entornos intelectuales. Además, aparecen muchos otros profesores e investigadores: Blanca Muratorio, los Descola, Manolo Corral, quien es de España y, más tarde Teófilo Altamirano de Perú. Surgen, entonces, las preguntas si es posible o no establecer una disciplina con tantos puntos de vista y que como tal tiene una ambición universalista a partir de un punto de vista exclusivamente localista; o por el contrario, la reunión de tradiciones diversas es un productivo punto de partida para la instalación de la disciplina que debiera producir innovaciones. En los orígenes de la disciplina en la PUCE hay un tinglado complejo en que interactúan muchos elementos internos y externos. En este aspecto retomo la crítica que hace Elías Palti al intento de Leopoldo Zea de hacer una filosofía mexicana o latinoamericana. Según este historiador, para fabricar una disciplina se lo hace desde un canon universal y desde allí se da el salto a pensar localmente. Los intelectuales y las disciplinas resuelven algunos asuntos localmente situados, sin desconocer la influencia de otros lados. Eso no significaba que seamos unos pobres dependientes e imitadores de la sapiencia de otros lugares, sino que estamos situados. A modo de ejemplo, recuerdo un fragmento de la historia intelectual del positivismo: la literatura suele proponer que el darwinismo social tuvo gran trascendencia en América Latina porque nuestras élites eran unas imitadoras y querían la desaparición de los pueblos originarios y de ascendencia africana. Sin embargo, el historiador Charles Hale encuentra en México que allí los pensadores están más interesados en el positivismo comtiano; lo que están buscando es la cohesión social de Comte. Entonces los intelectuales y, más tarde, los académicos seleccionan cosas: en el caso referido su preocupación es cómo generar vínculos entre estamentos que aparecen tan desconectados. La búsqueda de estos vínculos es muy importante para la creación de la nación y eso se lo hace a través de ciertos principios comtianos, como es la religión. En fin, es un proceso en que interactúan lo local y diversas influencias externas. Pretender establecer separaciones entre un externo y lo auténticamente local es a mi juicio perder el tiempo. Hago una asociación con la búsqueda de lo local: es curioso como a veces se lee a Marx y eso no es localmente alienante, pero si se lee a Weber eso si es alienante. No entiendo por qué. Entonces ¿qué es lo que hay en la creación de antropología en la PUCE? Hay esta mezcla; antropólogos ecuatorianos que regresan de afuera, antropólogos extranjeros que vienen, es decir muchas ideas que a veces hemos llamado cosmopolitismo para pelear con una idea localista y cerrada. Ahora se habla de antropologías hechas en el Ecuador que es más amplio, más abierto que introduce más oxígeno respecto a la otra formulación de antropología ecuatoriana, formulación que me incomoda.

Por Teodoro Bustamante

Tannia Mendizabal

En términos generales, y desde tu perspectiva como antropóloga, ¿cómo ves el sistema social y la actitud política en el país en tiempos presentes?

Entiendo que nuestro organismo social se delinea en torno al contrato social que suscribimos y en el tira y afloja prácticamente cotidiano entre los sujetos decisorios que forman parte de este organismo y en todas las instancias del convivir, incluida la familia entre ellas. El contrato refleja el orden que nos damos.

El último que suscribimos fue el de 2008. Tiene innovaciones valiosas, que surgieron de las reflexiones que se dieron por todos lados, sobre las experiencias concretas del tiempo previo al 2008. A diferencia de los contratos sociales anteriores, éste se construyó con la participación de todos los sectores, incluso, los sectores subalternizados que intervinieron con diferentes grados de comprensión de la realidad, del organismo social como tal, de la historia, de los posibles escenarios de futuro, etc.

Pero, no todos los sujetos son conscientes de lo que está firmado, de la importancia que tiene, de lo que significa para la organización de la sociedad, para el ejercicio de sus propios derechos. Además, hay sujetos con mucho poder de incidencia, aunque pocos en número, opuestos al contrato social, haciendo cuando pueden para violentarlo y eliminarlo, para torcer la voluntad de la mayoría. También hay quienes se están jugando hasta el pellejo para conservarlo, para que se lo respete y se lo cumpla. Hay otros algo puntillosos que quieren hacerle reformas.

Este momento, la función de participación ciudadana y control social, que es una función nueva que no la tiene ningún contrato social anterior del país, está bajo ataque. Esta función organiza a la ciudadanía, le da tareas en la planificación, en la formulación de los presupuestos tanto del gobierno central como de los gobiernos locales, en la vigilancia al cumplimiento del contrato social y de la ley por parte de las empresas privadas y de los mandatarios y de los funcionarios públicos en funciones. Es una función que obliga a que los funcionarios rindan cuentas anualmente, con lo cual se echa por tierra cualquier discurso falsario bien para echarse los o para desacreditar adversarios. También traba los afanes de pacto y reparto de los recursos del Estado y de las instituciones estatales que los administran y gestionan y, por tanto, es un espacio en disputa de varios grupos interesados en controlarlo para su beneficio. Como es una función que solo puede modificarse en acto constituyente, los sujetos de turno en la administración de la cosa pública nos impelen a consultas populares con preguntas rebuscadas para ver si con nuestro voto habilitan el camino para desaparecerla.

A finales de los 70, se formuló un contrato social y, en ese entonces, la discusión se centraba en que las personas analfabetas no debían o debían votar y fue ¡todo un logro! que hayamos decidido que las analfabetas voten y, de paso, ratificamos la voluntad colectiva de continuar el camino del crecimiento económico interno y de superación de la estructura económica dependiente. Pero, tras la muerte “accidental” de Roldós, vino una ola de viento contrario que venció resistencias e impuso una agenda ajena a ese contrato social que hizo añicos a varias generaciones que ya no pudieron salir adelante y quedaron relegadas a roles completamente subalternos. Después, en 1998, se formuló otro contrato social que, abundaba en poesía declarativa de derechos; pero que, en lo real, entregaba la soberanía a poderes ajenos al país y convertía en principio ordenador de la realidad el modo de vida de lucro sin fin, agresivamente ahrimánico, contrario al espíritu cristiano católico que impregna la cultura de la mayoría de la población.

El contrato social de 2008 va en contrasentido al anterior. Fue un esfuerzo enorme por ponernos de acuerdo en la necesidad de construir una economía incluyente y solidaria, que responda a los requerimientos de todos los sectores, que tome en cuenta a los sectores medios

y bajos, que articule los modos de producción del país en una economía encadenada entre ellos y en torno a un plan de desarrollo que nos sitúe en el concierto mundial con soberanía dentro de la corriente que procura un orden mundial multipolar y que está creciendo muy rápido.

Pero, este último contrato social está bajo ataque, como lo estuvo el contrato de 1979. Hay sujetos empeñados en romperlo, lo cuestionan, lo estigmatizan, lo desvalorizan y trabajan en función de lograr la eliminación de la función de participación ciudadana y control social, el “achicamiento” del Estado que les estorba, la destrucción de la economía con participación del Estado en favor de la apropiación privada de lo que nos pertenece a todos y sostiene los servicios dignos y suficientes que necesitamos –infraestructura, salud, educación, justicia, atención a la población más vulnerable, etc.–, en favor del lucro sin fin, el incremento de subsidios laborales al empresariado, el empobrecimiento generalizado, la caridad y la limosna, la regresión de derechos, la destrucción del sistema de educación en función de generar condiciones humanas para sostener en el conocimiento nuestra economía del futuro...¡uff!

Esto dicho está en el centro, es el eje de lo que ocurre en estos días.

¿A qué te refieres cuando dices que no todos están conscientes de lo que firmaron en este contrato social, tiene que ver con la falta de reconocimiento al esfuerzo colectivo que mencionas?

No funcionamos a plenitud. La gran mayoría de las personas funcionamos en estado de trauma, es decir, en modo sobrevivencia –listos para atacar, huir o dispuestos a que los demás hagan de nosotros lo que les de la gana- y, por tanto, sin conciencia, sin comprender lo que decimos, decidimos y hacemos, sin asumir responsabilidades, echando culpas a terceros, atrapados en la “rueda del samsara”, haciéndonos los simpáticos, siendo salvadores, víctimas o victimarios según la ocasión, etc. Mal funcionamos y, estando como estamos, parecemos la colcha de retazos de la que se hablaba en los estudios de la cultura de la pobreza. Sucede así porque estamos expuestos a situaciones traumáticas desde el mismísimo vientre de la madre y a lo largo de toda la vida. Cuando experimentamos un evento traumático (shock o un acto repetitivo), el sistema nervioso autónomo toma el mando y nos pone en “automático” y, en esas condiciones, no retenemos, no aprendemos, no reflexionamos, funcionamos; pero, insuficientemente. Y nadie nos enseña a apagar el botón del automático y retomar el control de nuestro funcionamiento orgánico. Hay técnicas terapéuticas específicas para desactivar ese modo de funcionamiento del sistema nervioso autónomo, no son tan difíciles de aplicar; pero, requieren de tiempo, paciencia, constancia, ambiente social culturalmente adecuado. Hay también estrategias de manipulación psicológica de masas, a través de un sinfín de técnicas, que sacan muchísima ventaja de esta condición de trauma, pues les basta generar un evento traumático, así sea un montaje, una operación de falsa bandera como se las conoce en el ambiente militar, para poner a las gentes en estado de incertidumbre, terror, angustia, ansiedad, y, de ahí, hacerles, mediante mensajes repetidos, que decidan cualquier absurdo, incluso, en contra de su propio interés.

Por esto dicho, una buena parte de las personas votaron el contrato social 2008 sin comprender qué votaban. Lo propio ocurre en las consultas, en las elecciones de mandatarios. Si consideramos el efecto de todos los ataques de manipulación psicológica de masas que estamos soportando, esas personas pudieran votar este momento, sin ninguna conciencia de lo que están haciendo, en contrario a su voto en ocasiones anteriores.

Para mí, quien esté en estado de trauma no debería votar, ni tomar decisión alguna, pues no está en condiciones de hacerlo. Pero, claro, se necesitaría un ambiente social saludable que no existe, contar con técnicas de diagnóstico confiable, con terapeutas decentes, con ética, que apliquen técnicas que ayuden a las gentes a reaccionar del estado de trauma en que se encuentran, no que re-traumaticen, no que manipulen, como ocurre con mucha frecuencia... ¡todo un milagro!

¿Crees que la antropología puede contribuir a la resolución de conflictos como el que acabas de mencionar? ¿Es posible encontrar todos los retazos?

Más que encontrar los retazos, se trata de que las personas den sentido a esos retazos y decidan qué hacer con ellos. La resolución de un conflicto siempre es política. La decisión que toma cada persona es política, aunque decida bajo presión, o por la paga, o porque le mueve la causa que le da sentido y profundidad a lo que decide. Su decisión incide en el curso del organismo del que forma parte.

La antropología desarrolla en los antropólogos la capacidad de leer lenguajes diferentes y la capacidad de moverse entre esos lenguajes hasta encontrar el meollo. La antropología te ayuda a comprender el lenguaje, los valores, la motivación, la costumbre, el enredo que maniató. Es una enorme ventaja aproximarse con herramientas de la antropología, porque comprendiendo la situación del otro, hallas soluciones más adecuadas, más útiles. Para explicarme voy a ponerte un ejemplo de ahora: estoy haciendo un trabajo que en circunstancias estandarizadas me llevaría realizarlo unas 80 horas; pero, este trabajo me está llevando meses; las personas que me han contratado me entregan la información con cuenta gotas y siempre después de que he producido algo que, por sus silencios y algunos gestos, me doy cuenta que no es lo que esperaban recibir de mi parte aunque sus palabras digan que todo está bien. ¿Por qué no me dan información a cabalidad? No me la dan porque no saben qué información deberían darme, su estado situacional es una especie de limbo cultural, plagado de prejuicios, temores, recelos, conceptos vacíos de significado, en el que tienden a moverse miméticamente. En esas circunstancias, he tenido que construir un piso de confianza interpersonal y dar forma a un método para que conceptualicen los eventos de su limbo cultural y los relacionen con la experiencia subjetiva que experimentan en esos eventos. Con mi ayuda, entonces, están comprendiendo lo que les pasa, están potenciando su capacidad de interacción entre sí y con los otros y, sobre todo, están perfilando su derrotero, comprendiendo conceptos, distinguiendo categorías, están aprendiendo a moverse en el conflicto proactivamente. Claro, esto lleva tiempo, no es lo que me han pedido; pero, es lo que necesitan.

La antropología nos entrena a salir de la propia burbuja y a entrar en otros espacios. Al hacerlo, desarrollamos la empatía cultural, es decir, nos ponemos en los zapatos del otro que tiene otra cultura. Podemos observar e identificar códigos culturales distintos al nuestro y podemos garabatear algo con esos códigos culturales a medida que la empatía cultural se convierte en una destreza que hemos logrado. Las organizaciones usualmente se aglutinan por afinidad, por algún interés en común. En ellos, puede haber personas que se imponen, que fuerzan al resto a estar calladas, atemorizadas e incómodas. En esos espacios, es posible generar calma relajando su sistema nervioso y promover la escucha mutua y hasta el tratamiento de los temas que les tensionan, apelando a los recursos culturales, el lenguaje simbólico, la ritualidad, la gestualidad, etc.

Pero, poco o nada se puede hacer cuando están en medio de personas fanatizadas, que estereotipan, clasifican binariamente, le niegan la condición humana a los demás, que antagonizan y se enfocan en la eliminación del otro. En este tipo de situaciones, el abordaje tiene que ser distinto, probablemente multidisciplinario, incluso, legal y policial.

Desde las Ciencias Humanas, ¿cómo se puede ayudar a desactivar ese estado automático para promover una actitud política menos binaria?

Ningún organismo social llega a un estado fanatizado por casualidad. Detrás hay sujetos –desde mi perspectiva, sujetos psicópatas– haciendo que las personas entren en ese estado, sacando ventaja perversa de los aportes que realizaron una serie de pensadores que trabajaron en la comprensión del comportamiento social y cultural individual-colectivo (estoy pensando en Adorno y la corriente del marxismo cultural, en profesionales de las ciencias sociales que están haciendo inteligencia en las poblaciones “de interés”, analizando información desde la óptica de sus disciplinas, generando y validando técnicas de manipulación psicológica y cultural de las colectividades, en función de objetivos políticos no necesariamente éticos ni decentes),

aprovechando espacios (instancias educativas, iglesias, clubes,) donde ejercen coerción social para anular la individualidad y convertir a los individuos en una colectividad cohesionada en torno a un mismo relato, aprovechando instrumentos de programación como videojuegos, películas, novelas, frecuencias de sonido, etc.

Para explicarme: justo cuando la población debe decidir, hay operadores políticos que agitan temas religiosos, de género, raciales, sexuales, estéticos, etc., causando una suerte de “implosiones” que destruyen la cohesión y causan nuevos alineamientos, según la decisión que quieren que la gente tome. A propósito de esto, el mundo de las redes sociales muestra en qué consiste el control y la manipulación de las colectividades, también muestra el nivel de psicopatía y sociopatía del mundo corporativizado, de las empresas de lucro sin fin. Mientras los individuos andan contando sus likes y abanicando sus egos, los estudios de big-data determinan donde incidir, que “botón” aplastar, el relato adecuado, cómo regar y posicionar un mensaje y, encima, miden el impacto de la labor de manipulación prácticamente en tiempo real sin que se les mueva un pelo de conciencia.

En el pasado, decíamos que la gente votaba en su perjuicio por ignorancia y, en consecuencia, insistíamos en la necesidad informar y formar, en desarrollar la capacidad reflexiva, en enseñar a pescar, etc. Esto llevó a generaciones enteras a preocuparse de la educación. Entonces, surgieron corrientes pedagógicas especializadas en la educación de adultos, la educación liberadora, la educación popular, la pedagogía del oprimido, la pedagogía histórica, etc. Ahora, en cambio, observo el estado automático en que están funcionando las personas, en esas que andan como zombis, en esas que la información les resbala, no penetra en sus cerebros, que toman decisiones sin conciencia de lo que deciden, que se comportan como si fueran individualidades únicas; pero, que caminan igual, se peinan igual, se visten igual, se compran las mismas cosas, hablan de lo mismo, aspiran lo mismo, ni se enteran qué sucede con sus hijos, con quién están, qué comen, qué les ocurre y se toman la foto como si todo fuese perfecto en sus vidas. Este segmento de la población no necesita educación, necesita primero despertar y recuperar la conciencia de sí mismos. Para lograrlo, los aportes de la psicología y de la psicología social en especial pueden ser de gran ayuda para salir de esta situación, quizá también de la neurología y la psiquiatría y hasta de la bioquímica. Esto implica que los profesionales de esas ciencias, a su vez, despierten, comprendan lo que está ocurriendo, adopten una perspectiva macro para comprender el fenómeno en su conjunto y diseñen una política de salud mental que permita abordarlo de manera adecuada. Podemos ayudar subsidiariamente quienes hacemos facilitación, educación, atención primaria de salud, psicoterapia, en el levantamiento de información para caracterizar este fenómeno, en el reclutamiento de personas que participen en estudios de caso, en la formulación de la política, incluso. Podemos contribuir al desenmascaramiento de los perversos y la perversidad que opera como que no existiera.

Pero, ese proceso puede tomar años para una persona...

Puede ser, pero, combinado con el esfuerzo colectivo, el proceso puede suceder rápidamente.

La vida genera situaciones de conflicto. Los conflictos son oportunidades para reafirmar lo viejo y lo mal aprendido, o, para desatar lo mal atado y marcar las pautas de lo nuevo. En ellos, está una posibilidad de generar un nuevo nivel de conciencia colectiva.

Hay una corriente que piensa la historia que dice que las masas aprenden en la acción. Los forajidos se convocaron a través de un medio de comunicación radial que les sirvió como puente para conversar sus interpretaciones de lo que ocurría, sus propuestas, sus iniciativas, para animarse mutuamente noche tras noche hasta que, al final, provocaron la caída del presidente cuya actuación causaba un repudio generalizado. Entonces, Quito acogió a los indígenas y montubios que venían a defender el gobierno dándoles alimento, alojamiento y largas charlas explicativas sobre lo que realmente estaba ocurriendo. Ese evento marcó la conciencia de varias generaciones respecto del ejercicio ciudadano, de la protesta pacífica, con la que se podía lograr

objetivos compartidos, de encuentro entre diversos, etc. Lo que ocurrió en octubre 2019 y en junio 2022 fue completamente diferente. Hubo dos Quito. El Quito de los subalternizados acogió como siempre a los marchantes, les dio alimento, resguardo, cuidados, protección y sufrió a lado de ellos gases, golpes y muerte. El otro Quito, el de los señoritos y de sus huestes envilecidas, les recibió con un nivel de violencia extrema, enloquecidos de miedo e ira, alucinando con terroristas. Las nuevas generaciones que participaron en estas últimas ocasiones conocieron los rostros del odio, el racismo, la traición, la violencia, y la derrota; pero, para estas generaciones queda notoriamente claro que el orden que se ha impuesto es injusto, está viejo, destartalado e inadecuado para lo que necesitamos. No sería extraño que la gente actúe en el futuro, pensando mucho más lo que va a hacer, con la decisión del tamaño de las lecciones que ha aprendido y del sufrimiento que ha experimentado.

Todos los mecanismos de manipulación y sometimiento que pasan en la política están en la violencia doméstica: el chantaje, la extorsión, la amenaza, el asesinato. Quien se atreve a salir de una relación violenta, atraviesa fases muy exigentes para su ánimo y no siempre logra alcanzar una situación doméstica saludable en el primer intento. De la misma manera, un organismo social puede alcanzar un estado social saludable, aunque, para hacerlo, es previsible que deba atravesar repetidamente por situaciones difíciles y dolorosas y aprender, siempre aprender.

¿Dónde crees que pudiera suceder o se pueda provocar esa desarticulación de la violencia?

No hay violencia en abstracto.

La violencia es concreta y obedece a circunstancias concretas. Algunas situaciones de violencia se pueden desarticular, como dices, con entrenamiento en el manejo de la ira, con el adiestramiento en técnicas educativas y de socialización basadas en un conocimiento mayor del funcionamiento del organismo humano, con una sanción correctiva, o con una conversación que contribuya a la reflexión, el entendimiento y la movilización de la voluntad de la persona violenta hacia la superación de sus comportamientos y hábitos que desencadenan en violencia.

La violencia que sucede dentro de las relaciones de poder debe abordarse también según las circunstancias concretas, pero es más compleja. En estas situaciones, hay que identificar los polos del conflicto y potenciar al polo que está débil porque es el polo con posibilidades de cambio y crecimiento. Potenciar al polo débil implica una serie de actividades que le ayuden a superar las circunstancias de su pérdida de autoestima, a despertar su curiosidad, a estimular su voluntad de superación. Puede ser útil para eso la integración del polo débil en un grupo de gentes que compartan lo que le ocurre, donde haya personas que hayan atravesado por experiencias similares, que provean de compañía, seguridad, protección, aliento; pero, también información que le aporte. Pero, le corresponde al polo débil reflexionar su situación, así como resolverla. Se le puede ayudar a lograr sus metas; pero, nadie puede “darle” decidiendo ni “darle” haciendo, como se acostumbra a decir en el lenguaje coloquial ecuatoriano. El polo débil tiene que desempeñar un papel activo, informarse, comprender el contexto, las implicaciones, las consecuencias de lo que decide, los posibles escenarios, conceptualizar una totalidad mayor, ampliar su conciencia de la situación en la que se encuentra, prever salidas. El polo débil debe hacerse fuerte, lo suficiente como para salir bien librado en el conflicto abierto con su polo contrario que tendrá lugar más temprano que tarde.

La gente necesita esta información; pero, comprenderla y asumirla como herramienta implica que su conciencia esté receptiva. Y la conciencia es receptiva en la acción, cuando la voluntad está activada.

La colectividad aprende en la acción, porque, entonces, puede recibir nueva información. Dicho así, las acciones de masas son necesarias para crecer en consciencia. Pero, la acción de masas puede ser instrumentalizada cuando se incide en ella con lógica de dominio. Este medio de superación, de crecimiento en consciencia, se convierte en un medio de manipulación y sometimiento muy efectivo. Quien tiene el poder, quien tiene los recursos, quien carece de

escrúpulos, puede intervenir en la conciencia colectiva, manosearla como le dé la gana. El clima de inseguridad que estamos soportando, muy probablemente orquestado por aparatos entrenados en otras latitudes, provoca un estado generalizado de incertidumbre, de ansiedad, de angustia, vuelve a las personas vulnerables, dispuestas a aceptar cualquier decisión que les ponga a salvo, aunque esa decisión vaya en contra de su propio interés.

¿En posible desarticular esta forma particular de violencia? Claro, es posible. Pero, generando condiciones adecuadas y aplicando herramientas multidisciplinarias para desarticular los mecanismos de control de la conciencia colectiva.

¿Crees que hay prácticas culturales que nos lleven a ese estado de reflexión y empatía, que promuevan una transformación de la consciencia?

Sí, hay prácticas culturales muy útiles.

He facilitado talleres en que hemos tratado el tema del aborto.

En una de esas ocasiones, abordamos el tema desde sus nociones sobre el aborto, no desde las nociones legales, no desde las nociones de los movimientos pro-choice o pro-vida. Varias mujeres, las formadas en la iglesia católica, entendían que *“la resurrección sucederá cuando Jesús venga, y que los muertos se levantarán de sus tumbas entonces”*; otras mujeres, las que venían de la Sierra Sur, se referían a los niños como *“renacientes”*, es decir, los fallecidos renacen en los niños. Observé que la idea de los *“renacientes”* calaba en todas, así que hablamos sobre el aborto teniendo esta idea como punto de arranque; de allí, derivamos a las *“almitas vagando”*, o sea, los niños abortados, y poco a poco fueron saliendo explicaciones sobre por qué vagan y lo que se podía hacer al respecto. Después, en un silencio cargado de sentido, profundamente emocional, de enorme confianza y sororidad mutua, ellas bordaron una cruz con hilo dorado sobre un pedazo pequeño de tela blanca que sirvió para que farraran cajitas de fósforos donde guardaron el nombre del hijo o hija que habían abortado y que nombraron ese momento. Como estábamos en el campo, buscamos un arroyo para que *“las wawas que estaban vagando”*, *“dejen de penar”*, *“se vayan en el agua viva”* de *“regreso al Padre”*. Con este pequeño acto de reconocimiento de la persona que abortaron, acabó la sensación de culpa que experimentaban, al fin hicieron algo para que su *wawa* encuentre el camino *“en el otro lado”*. Ninguna iba a hablar, ninguna iba a juzgar, ninguna iba a decir lo que habían hecho. En esa ocasión, apelé a la psicomagia, pero, usando su código cultural, proporcionando una solución simbólica en sus términos, lo que les alivió, les permitió perdonar y perdonarse, entender lo que hicieron con sus propios elementos de juicio, adoptar una posición humana, fuera de los juicios de valor y la pelea aguerrida de los pro-vida y los pro-choice. Tiempo después, me encontré con una de esas mujeres, había decidido acabar el colegio y estudiar la universidad. *“Yo quiero estudiar y quiero ser profesional”*, me dijo, le salían las palabras de adentro, nadie ni nada la iba a detener. Esas mujeres han intervenido en espacios públicos y participan en distintas organizaciones, desde sí mismas.

Lo político para mi es potenciación del polo débil -empoderamiento, le dicen. Es recuperarse a uno mismo y retomar el gobierno de la propia vida, en sus propios términos. Esto que digo es aplicable a personas individuales y a las colectividades.

¿Cómo hacemos eso, cuando el sistema social no contribuye a ese trabajo de alineamiento personal?

El sistema social, efectivamente, no contribuye para nada, menos cuando está bajo control de gente sociópata, arimánica, luciférica.

Por fortuna, es posible constituir y dar forma a organizaciones por afinidad que pueden ayudar a sus miembros a potenciarse, como ocurrió con ese grupo de mujeres que he mencionado antes, aunque, como todo organismo social, tienen un ciclo de vida que puede ser muy efímero o durar mucho tiempo, degradarse, anquilosarse, según el impulso que sus miembros le den. Un grupo minúsculo puede crecer hasta convertirse en una institución centenaria, milenaria incluso.

Hace unos años, facilité el proceso constitutivo de un grupo religioso. Ese grupo tomó la decisión de salir de la iglesia católica y constituir su propio espacio, con sus propias celebraciones, aplicando su “ver, juzgar y actuar”. Entre ellos se ayudan, construyen una economía solidaria en comunión con otros que giran en su entorno. Como parte de su razón de ser, analizan los acontecimientos que ocurren y si los consideran pecado, se pronuncian, escriben cartas y comunicados y actúan, realizan acciones movilizadoras de conciencia, crean coordinaciones, frentes sociales por la salud, la educación, por los derechos, por el maltrato judicial... ¡Todo un estilo de vida!

La gente de ese grupo madura y construye lo suyo y cada cual hace su vida; pero, lo hace en compañía. Puede que haya integrantes que no esté de acuerdo del todo, que tengan una visión más rígida de las cosas, pero, están dispuestos a aprender, están dispuestos a dar un paso más allá de la costumbre y la tradición y a vivir reflexionado lo que perciben y a actuar en consecuencia, porque así construyen su paz y su bienestar.

Llevar sus palabras a la realidad. Practican el apoyo mutuo, la solidaridad con los demás, particularmente, en los momentos más complejos, tratando de ser coherentes entre lo que dicen y hacen. En octubre de 2019, el gobierno apresó a varias personas que salieron a protestar en Nueva Loja, Sucumbíos. Como respuesta a este hecho que consideraron injusto, este grupo organizó una vigilia que realizaron sin fallar un día durante prácticamente cuatro años, hasta cuando los liberaron, ni la pandemia les detuvo; por el contrario, la pandemia les obligó a multiplicarse y organizar un frente por la salud para llevar alimentos y cuidados a los más vulnerables y para denunciar lo que ocurría en ese sistema público.

Te escucho hablar desde una perspectiva bastante dinámica de la vida social, nada es estático o permanente; sin embargo, la sensación es otra, como que estamos estáticos en estos forcejeos de “yo estoy de este lado y tú del otro”, con una exacerbada bipolaridad ideológica, ¿qué opinas de eso?

La perspectiva sincrónica no puede captar el movimiento porque se enfoca en el aquí y el ahora y, por lo regular, estando en modo sincrónico, se experimenta subjetivamente el momento como un continuo interminable. La perspectiva diacrónica, en cambio, permite trazar el movimiento de un organismo social, de su dinámica interna en el tiempo.

Desde la mirada diacrónica, la crispación social actual es apenas un momento pequeñísimo en la historia ecuatoriana. Ha habido momentos parecidos en el pasado que duraron décadas; pero, concluyeron dando paso a momentos en que la “tortilla se vuelve”, como dice la canción, y el organismo social toma otro rumbo. Dicho de manera simplista, las constituciones que tiene Ecuador indican el tiempo que lleva al polo contrario dar la “vuelta a la tortilla”. Debajo de esas “vueltas de tortilla”, hay mucho trabajo de unos y de otros, mucho movimiento.

Lo que experimentamos hoy, sucedió también en tiempos de Eloy Alfaro. Los liberales tuvieron que cambiarse hasta de nombre y apellido para poder seguir viviendo, fueron despojados de sus bienes, fueron estigmatizados, perseguidos, asesinados. Destruyeron sus obras. Destruyeron sus políticas. Restablecieron el orden conservador a sangre y fuego, con ayuda de huestes envilecidas, totalmente corrompidas. Durante un siglo, hubo olas de progreso y olas de retroceso. Cada una de esas olas entrega lecciones valiosas. En ellas, hay miles de gentes observando, pensando, construyendo, protestando, ganando, perdiendo, esclareciendo su conciencia, despertando. El organismo social avanza retrocediendo; cuando avanza no avanza tanto como quisieran unos y, cuando retrocede, no retrocede tanto como quisieran los otros.

Ahora, estamos en una ola de retroceso. Así que estamos soportando esa polarización ideológica exacerbada. No solo eso, también soportamos el bombardeo cotidiano a nuestra psiquis con mentiras e infamias, el clima de desprotección e inseguridad, el maltrato y los abusos de los funcionarios, de las empresas, de los bancos, el desmantelamiento de servicios públicos, la atención deplorable en educación, salud, etc. Muchos apagan la conciencia y funcionan en automático porque simplemente la situación les resulta insoportable, terriblemente tóxica, terriblemente

violenta. Pero, quien percibe la realidad diacrónicamente, sabe que esta es una ola que como toda ola terminara desmoronándose y que la siguiente puede llevar el impulso contrario al actual, claro, dependiendo de las voluntades que logren cohesionarse en torno a ese otro impulso, la comprensión de todo lo que entra en juego y de la capacidad que tengan para dar “la vuelta a la tortilla”.

Aunque algo ya has mencionado a lo largo de esta entrevista, me pregunto cuáles fueron las materias que tomaste cuando fuiste estudiante de antropología que te han servido en el ejercicio profesional hasta la fecha.

Cuando estudié, tuve la suerte de tomar algunas materias optativas en la escuela de Filosofía, que dictaban dos profesores argentinos y uno de Chile que estaban refugiados en Ecuador por causa de la dictadura de Videla y la dictadura de Pinochet. Estos profesores tenían su consciencia expandida, impelida por los acontecimientos que ocurrían en sus países y que les golpeaba muy de cerca. Sus reflexiones eran vitales, muy fecundas, sobre la conciencia histórica, el pensamiento latinoamericano, el pensamiento dialéctico que fueron materias que tomé con ellos. Entonces, yo era como una esponja, absorbía la información, lo anotaba todo y guardaba en mi memoria lo que decían. Cuando llegó el tiempo de Febres Cordero y comenzó la persecución a los dirigentes sindicales, campesinos, obreros y demás, cuando los crímenes poblaban las noticias, como sucede ahora, la información que retuve de esas clases se volvió herramienta útil para comprender lo que ocurría, sin perderme, sin engañarme y esa comprensión me llevó a tomar decisiones en consecuencia. Ahora, mirando las cosas con la distancia y la experiencia, sé que aprendí lo que necesitaba e hice lo que debía.

También me ha servido algunos temas que tratamos en la materia de metodología. Tuve oportunidad de reflexionar sobre la ideología como falsa conciencia, las falsedades que organizan la conducta y justifican todo tipo de actos, incluso los más horrendos, las maneras que se han utilizado para desbaratar desde la ciencia, con la lógica, la demostración científica y el dato duro, el relato falsario tomado como verdad absoluta, el estereotipo.

Me han sido particularmente útiles, los conceptos de la totalidad, la polaridad, la lucha de contrarios, las características que adopta esa contradicción a medida que decantan las condiciones objetivas de cambio, que conocí en Metodología, en Materialismo Histórico, Economía Política Pensamiento Dialéctico, Conciencia Histórica, Campesinado Latinoamericano. Entiendo la realidad como una unidad en movimiento de contrarios, así que identifico los polos que interactúan y generan movimiento. Entiendo que la realidad se transforma y es hoy un producto de la lucha de contrarios en el pasado y que el mañana será el resultado de las transformaciones que pongamos en marcha los que estamos hoy. La posibilidad de cambio pasa por esa contradicción y por lo que podamos hacer para que el polo débil, el polo subordinado se potencie y cumpla su rol transformador.

En los procesos de potenciación del polo débil, intervienen, como algo connatural al conflicto, las ideas de falsa conciencia, los estereotipos, como ladrillos apertrechados en el muro que resiste a los cambios, como armas arrojadas, como costumbre, como deber ser, como ley inamovible. Y lo que he aprendido me ayuda grandemente a identificar los nudos críticos y a intervenir más asertivamente.

Pero, no sería justo de mi parte olvidar la Etnología, Antropología Religiosa y Parentesco. Fueron materias que me dieron elementos para abordar diferentes aspectos de la realidad desde ángulos que otras disciplinas ni se la sospechan. Gracias a ellas, pude incursionar en espacios que se mueven dentro de códigos culturales bastante diferentes y hacer mi trabajo de facilitación psicosocial integral útilmente.

Me ha servido lo que aprendí de Frank Boas, de Malinowski, de Levi Strauss, de Margareth Mead y de un largo etcétera. Y me ha servido lo que aprendí con Marco Vinicio Rueda, Fernando Velasco, Blanca Muratorio, Eduardo Arquetti, Segundo Moreno y tantos otros. Estoy agradecida con todos ellos, de verdad.

Piensas que es posible que un país como el nuestro, con la diversidad socio-cultural que tiene, pueda prescindir del ejercicio antropológico. ¿Qué crees que pasaría si un buen día la carrera desapareciera de las universidades que la ofertan?

El ejercicio antropológico es necesario. Como dije, propicia la comprensión intercultural mutua, el empoderamiento de los más débiles y vulnerables, claro, cuando el antropólogo asume una posición en función de la construcción de un mundo más inclusivo, de bien común. La antropología como herramienta de potenciación, de entendimiento mutuo entre diversos, debería seguir estando al alcance de las nuevas generaciones.

Pero, el antropólogo puede optar, activa o pasivamente, por una posición afín a los sujetos de poder fáctico local, nacional, transnacional excluyentes, contrarios al bien común; en ese caso, el conocimiento antropológico deviene en una herramienta poderosa para el sometimiento, dominación, despojo y explotación de los más débiles y vulnerables.

Toda herramienta depende de quien la utilice. La herramienta debe estar al alcance de quien la necesite.

En cuanto a que las universidades supriman la carrera de la antropología, cabe preguntarse las razones que tienen para hacerlo. Probablemente, la demanda de esta carrera ha disminuido porque lo que se ofrece no es lo que los jóvenes buscan en este tiempo tan ahrimánico, porque no están entregando lo que se necesita conocer y desarrollar como destrezas en el mundo laboral, porque abundan los antropólogos desempleados o subempleados, haciendo otra cosa y no antropología. Puede que esa demanda no compense el esfuerzo y la inversión que las universidades están realizando en la carrera. También debe pesar adversamente que el Estado, en esta ola de retroceso, está reduciendo el aporte económico a las universidades y éstas estén viéndose obligadas a optimizar la gestión de los recursos destinando fondos a carreras donde sí hay mayor demanda.

En todo caso, la antropología es una herramienta y como tal se la va a utilizar ahora y en el futuro. La gente encontrará las maneras de conocerla y aprender a utilizarla. No me extrañaría que aparezca la antropología como una carrera virtualizada que trasciende fronteras y acerca comunidades digitalmente, así sea de manera informal, como ya está ocurriendo con la filosofía, la psicología, la sociología, la historia, la lingüística. Puede que haya antropólogos que estén dispuestos a enfocarse en la formación y conservación de la antropología como herramienta. Bien pudieran ellos darle forma más acabada a esta idea e implementarla.

Por Paola García